

Yo te vi ganar el *Latino* en el *Sporting*

Lo que comenzó como una cobertura periodística para REVISTA PALERMO se convirtió en una experiencia de vida inolvidable. Un Diario de Viaje signado por la gloria de un Latinoamericano.

La redonda del **Valparaíso Sporting Club de Viña del Mar** era lo más parecido a Longchamp o Ascot. Damas y caballeros elegantemente vestidos para la ocasión le aportaban un glamour especial a un lugar señero. El hipódromo más antiguo de Sudamérica, con una tradición de más de un siglo y medio, albergó por primera vez al **Longines Gran Premio Latinoamericano (G1)**, en la versión inaugural que se llevó a cabo en su nóveles 2400 metros.

Rodeando la redonda de montar esperaba la multitud. Fervorosa, ansiosa por una nueva victoria local en una carrera siempre complicada. La impaciencia de la gente se incrementó con un concurso de elegancia patrocinado por la marca de relojes suizos, que demoró todo lo cotidiano.

Caras conocidas nos cruzamos en esa redonda en la que me pude sacar una foto con **Jacinto Herrera**, algo impensado tiempo atrás, conformando equipo con otros dos grandes jinetes de Perú: Edwin Talaverano y Carlos Trujillo. Todos con experiencia de sobra para estar en una cita de elite.

Dos caballos chilenos fueron los primeros en salir a la pista de césped. En un camino rodeado de fanáticos que los arengaban a su paso. Cantos fulboles, propios de una tribuna, elevaban la temperatura del ambiente. Los caballos mostraban cierto nerviosismo, como sintiendo la presión de la gente, en la previa de un duelo titánico. Y al momento de la salida de **Sixties Song** el pueblo chileno supo que se trataba de su mayor némesis. Fue ahí cuando gritaron eufóricos su tradicional *C-H-II! Chi! L-E! Le!. Chi-chi-chi! Le-Le-Le! Viva Chile!*

No le hubiera cambiado el lugar a Juan Cruz Villagra por nada del mundo. El cordobés se mostró indiferente y fue como alentar a las fieras en su presión.

Uno a uno fueron saliendo los caballos al pasto del Sporting. La multitud arengó una vez más y desde las tribunas bajó el *¡Vamos, vamos los chilenos, que esta tarde tenemos que ganar!*

El himno nacional se cantó a toda voz. Hubo emoción y banderas erguidas en lo alto. Brazos abiertos y lágrimas rodando por los rostros de un pueblo que buscaba su propia gloria.



La emoción y la presión ganó terreno. Impresionó ver a un pueblo arengando como lo hicieron los chilenos. Ejerciendo una presión a todos los visitantes que erizó la piel, literalmente.

Los participantes se fueron acomodando en sus cajones y al momento de la partida el hipódromo explotó en júbilo. Fue como la exhalación de una presión contenida a la que el andar firme de esos 16 corceles le puso punto final. La primera pasada frente al disco fue

limpia. Así también el ingreso a uno de los codos más emblemáticos de Sudamérica. El mismo que corre paralelo a la Avenida de Los Castaños. Al ver doblar sin apremios a los caballos argentinos sentí tranquilidad. Es que debo confesar que era de las cosas que más me preocupaban en la previa del cotejo.

El trámite fue limpio. Como que no tenía nada que ver con un Latino. Una prueba que suele ofrecer encerronas, pechazos, golpes y malos tratos. Es como que reinó el juego limpio en esos primeros 1600 metros de recorrido. De ahí en más las cosas cambiaron un tanto y fue el momento en el que Juan Cruz Villagra entendió que debía ir en busca de la victoria. Apresuró paulatinamente el tranco de Sixties Song y le ganó el tiron a Full of Luck, que también intentó ganar lugares.

Ya en *tierra derecha*, como suelen narrar los locutores locales, Sixties Song emparejó, quedó a la par de Tinku y pasó al frente. Y lo hizo con la autoridad y los pergaminos de un ganador del Gran Premio Internacional Carlos Pellegrini. La multitud enmudeció pero le pidió a su crédito el último esfuerzo. Fue inútil. Entre los dos locales se dieron y eso permitió la escape del argentino que llegó corriendo a lo bueno y cruzo la sentencia con un **Juan Cruz Villagra** parado en los estribos, brazo en alto. Quienes estábamos junto a la pista saltamos al césped. Gritamos, gritamos más fuerte, gritamos hasta quedarnos sin vos. En el medio de la algarabía me crucé con **Ramón Padilla**, el peón de Sixties Song, con quien nos saludamos efusivamente. Luego supe su historia. Terrible. Triste y gloriosa un 5 de marzo. El salió al encuentro de su caballo y yo regresé al recinto de los vencedores. Ahí se congregaron todos los argentinos. Nos abrazamos como si fuese nuestro



caballo y nos abrazamos con los propios dueños del caballo. Hasta **Carly Etchechoury** llegó a los gritos a felicitar a los ganadores. **Nico Ferro** también se fundió en un abrazo interminable con **Alfredo Gaitán Dassié**, que interrumpió una entrevista para la TV. Había ganado un caballo del equipo nacional y eso era motivo de festejo. Los propietarios de Ordak Dan también se acercaron a festejar, a los gritos y a los abrazos con los vencedores. Uno de ellos le acercó a Juan Cruz Villagra una bandera argentina que el propio jinete, desafiante, mostró en lo alto con gesto y arenga.

Hubo respeto del otro lado. Aceptación ante la superioridad de un caballo diferente. De esos que son capaces de dejar el anonimato con conquistas en las dos mejores carreras de Sudamérica: Pellegrini y Latino. Fue el cuarto de una lista selecta que integran tres argentinos y el brasileño Much Better.

Ezequiel Valle llegó a los gritos. Llorando de la emoción. Lo propio sucedió con su padre, el ya legendario **Coco Valle**. Y hasta **Enrique Delger** se emocionó hasta las lágrimas al momento de fundirnos en un abrazo genuino.

Juan Carlos Bagó demoró su llegada al lugar por los abrazos que recibía a su paso. Son emociones fuertes para un hombre que trabajó por ellas durante 40 años...

Alfredo Gaitán Dassié surgió entre la multitud y cuando una montaña humana de acercó para abrazarlo saltó un alarido seguido por el ya histórico e irrespetuoso "¡Les rompimos el o...!".

Pidió las disculpas del caso pero tam-

bién dio a entender que la presión y el contexto lo motivaron a decir cosas que en caliente no pueden contenerse.

La camaradería que marco al equipo argentino quedó demostrada en los días previos a la carrera. En las visitas realizadas a la **Villa Hípica Internacional** se pudo ver un trabajo en equipo bárbaro. Donde lo importante era que gane Argentina. Los peones de los caballos argentinos convivieron a diario y compartieron comidas y rondas de mates. Se los notaba tranquilos y muy conformes con el trato recibido. Incluso, varios hicieron hincapié en las diez horas que demoró el viaje en su totalidad. Desde la salida de los boxes del *Campo Dos*, en San Isidro, hasta el desembarco en el pabellón donde se alojaron los caballos visitantes. Un lugar confortable junto a la recta opuesta que estaba vigilado las 24 horas y donde no se podía acceder sin la autorización correspondiente.

Los allegados de los caballos forjaron una camaradería que merece destacarse. Tuve el privilegio de compartir rondas de mate en los que la tranquilidad y la confianza fueron moneda corriente.

El *schooling* del día viernes fue el último paso en la preparación de una competencia en la que los entrenadores no dejaron nada librado al azar. Y cuando las cosas se hacen como se debe se percibe en el ambiente. Y eso era lo que se notaba en el grupo argentino. Un equipo con todas las letras.

La victoria no es casualidad. Es la causa de un montón de situaciones que convergieron en uno de los triunfos más importantes del turf argentino. En tierra

chilena, donde todo parecía imposible.

Los saludos con los colegas sudamericanos y las fotos grupales antecedieron las despedidas. Cada periodista tomó rumbo a su destino y el nuestro, el de los argentinos, fue un restaurante de Viña llamado **Tierra de Fuego**, donde fuimos invitados por los ganadores.

Alberto Roberti, **Mónica López**, **Rubén Forastiero** y **Marcos Roberti** fueron los anfitriones de una velada en la que participó buena parte del equipo de **Haras Firmamento** -Ezequiel y Coco Valle junto a Enrique Delger-, los **Gaitán Dassié** -Alfredo y Nicolás-, los veterinarios del caballo y algunos medios como **Revista Palermo**. Incluso, la cena sirvió para recordar anécdotas del campeón sudamericano.

Detalles de la compra, pormenores en la previa del Latino y demás cuestiones que ilustran páginas de este número especial de **Revista Palermo**.

No suelo mezclar cuestiones personales con profesionales pero esta vez vale la pena decirlo.

El lunes 27 de febrero pasó a la eternidad un tipo como pocos: **Hugo Alberto Carrizo**. Más que tío fue un segundo padre y con él partió un pedazo de mi vida. Un compañero irremplazable.

El martes 28 lo despedimos y el jueves 2 -a la noche- me encontraba volando a Santiago de Chile. Todo demasiado rápido. A una velocidad que complicó la digestión de los acontecimientos.

El domingo 5, en el Sporting, lucí la camisa blanca que él me había regalado para mi cumpleaños. Como lo hacía desde que entré a trabajar en los medios. Fue en su homenaje y creo que trajo suerte.

"*Sixties Song me devolvió algo de felicidad*", pensé por un instante, y fue así que exploté cuando cruzó al frente el disco más feliz de mi vida. No me contuve. Rompí el protocolo y la formalidad.

El lunes por la tarde, ya de regreso de Viña a Santiago, me detuve a pensar en todo lo vivido en el transcurso de una semana. Y en la vida. Que un día te quita algo valioso, te lo arrebató, y luego te regala un momento sublime.

No quise entrar en detalles.

Es simplemente la vida, me dije...

Pablo Carrizo

(Enviado Esp. de Revista Palermo)